

Sobre la modestia de los brotes



Observa

Observa éste

Observa este brote.

Una vez fuera, no puede regresar, sólo le queda florecer.

Se puede afirmar que todo lo que existe brota. En este instante, mientras el lector discurre su mirada por este texto, un mundo de renuevos está brotando. La jungla, los bosques, las praderas, comienzan sus espesuras y extensiones en algo tan modesto como un brote. Una leve yema terminal, también llamada meristemo, rodeada de minúsculos catáfilos irá desplegándose hasta ser una hoja o una inflorescencia, y las yemas axilares se estirarán hasta formarse las ramas. Todo este esfuerzo callado y discreto será dirigido por el sol; cada brote avanzará a ciegas siguiendo su luz en un movimiento de geotropismo negativo, es decir, en un movimiento de querer salir de la tierra para crecer en el cielo.

Como nuestra sección se interesa por entretejer analogías para tomar conciencia de la relación que tiene la naturaleza con el lenguaje, y éste con el silencio y finalmente el silencio con la palabra, nos vamos a detener con este texto en observar los casi invisibles brotes, por ver si de ellos crecen también secretos y propósitos.

Un árbol es una unidad formal plena de sentido. El árbol es además un pequeño universo donde viven y mueren múltiples especies. Tiene además una misión colectiva como individuo responsable de la fotosíntesis o el intercambio de gases que posibilitan la vida. Antes de tanta complejidad, fue una semilla que hubo de brotar, si el árbol fuese un libro, y esta analogía está en numerosas simbologías: el brote sería la primera letra y si el libro fuese una geometría sería el número uno. De la misma manera que este texto

empezó con la letra “o” y con la palabra “observa”, y que en ese momento todo estaba por determinar y hacerse visible; un brote es una posibilidad latente que se vuelve en asombro cuando cumpliendo su destino se transforma en un árbol pleno. Pero esta observación no es otra cosa que lectura, es decir, un seguimiento horizontal, continuo y temporal de las palabras y del proceso biológico de crecimiento de hojas, ramas y tronco.

Lo sorprendente, es que una vez el texto completo y el árbol completo, al desplegar una mirada más estática y vertical, uno constata que todo estaba en el brote o en la primera letra, y que el brote y la letra como primera exhalación estuviesen ocultos en la semilla o el silencio. Esta segunda mirada es la que al mirar la naturaleza no sólo ve una “trama” de formas, procesos, organizaciones, sino que es capaz de contemplar una “urdimbre”, es decir, de salirse del reino de la causalidad y ver que entre la letra y el libro hay un despliegue de sentido y centralidad, un hilo atemporal que sujeta toda lectura y toda comprensión, como entre el brote y el árbol hay un espacio vacío que, paradójicamente, sostiene, guía y sacia toda su creación. En este entretejer de trama y urdimbre se despliega la alfombra compleja y rica de ritmos de la naturaleza. Los nudos de la alfombra, esas leves intersecciones de hilos visibles e invisibles, serían como los brotes; de ellos surgen las formas, los textos, las geometrías. El arte de la alfombra es un oficio propio de los pueblos nómadas, aquellos precisamente que tienen en la naturaleza su morada y su templo.

Siguiendo el impulso germinativo de este breve repaso de analogías entre lenguaje, arte y floresta debemos mencionar la caligrafía. La caligrafía árabe empieza cuando el cálamo (de origen vegetal) toca la superficie y con unas claves precisas y puntuadas se desplaza de derecha a izquierda, lo que simbólicamente significa que va del exterior o el mundo de la acción hacia el corazón o el intelecto. Si contraponemos ese movimiento ejecutorio con la caligrafía *Tch’an* de inspiración budista, el pincel se mueve de arriba abajo, es decir del cielo a la tierra. En el primer caso tenemos una alusión a la continuidad rítmica del cosmos y en sus juegos de entrelazamientos la mirada encuentra un sentido de totalidad y unidad. En los pictogramas chinos el ojo toma conciencia del vacío, de lo no-manifestado, entonces la perfección es un atisbamiento de las potencias del instante, como se dice en el *Tao-Te-King* “la mayor perfección debe parecer imperfecta, entonces será infinita en sus efectos”. Este arte se encuentra también en la poesía *Haiku* japonesa. Para el pintor Hsich Ho “el espíritu creador debe identificarse con el ritmo de la vida cósmica” y ese ritmo el artista lo encuentra en la naturaleza, o para ser más precisos surge cuando la naturaleza se transparenta en su arte y se vierte en la superficie de su inteligencia original.

En el esoterismo islámico hay una ciencia específica para las letras en árabe (*ilmul-hurûf*), donde letras y números se relacionan. Para los judíos, esta ciencia la reveló Enoc a Abraham. Dice esta ciencia de la letras que todo el Corán está contenido en el nombre sagrado bismillah, y que este nombre está contenido a su vez en la primera letra la “bâ”, y esta letra a su vez se concentra junto a todo el Corán en el punto que está en la base de la letra. Con ello regresamos nuevamente a la imagen del brote, del mismo modo que todo árbol se concentra en su semilla, todo texto, toda caligrafía, todo arte regresa al punto de origen. Pero este regreso no es lineal o temporal, más bien lo que señala es que el cosmos está constantemente recreándose y que todo lo creado con su multiplicidad de formas participan de la unidad y por tanto en todo brote hay inteligencia y propósito.

La caligrafía es un arte entre el lenguaje y la vegetación. Si quisiéramos proponer una hermenéutica de la naturaleza, nos encontraríamos en un aprieto importante al intentar racionalizarla. Sería superfluo transformar el cosmos en una gramática como vanamente Kandinsky intentó con las artes plásticas. Nosotros propondríamos una hermenéutica que tiene a la caligrafía como puente de sentido entre floresta y filosofía.

La caligrafía árabe y el arabesco convergen. Este tiene sus antecedentes en los motivos vegetales y animales de los ornamentos espiraloides de los pueblos nómadas asiáticos. Entre celtas y sajones vemos este arte de clara inspiración naturalista. Pero es en la cultura islámica donde alcanza un nivel de riqueza y dominio mayor. Los follajes se hacen más abstractos y la alusión simbólica entre el Libro Revelado y el Árbol de la Vida se vuelve geométrica. El arabesco está en el corazón de la poesía y de la retórica árabe y por su sentido perfecto del ritmo y la claridad es análogo a la recitación del Corán.

En este breve repaso que va de la floresta a la abstracción, recordemos que los arabescos musulmanes han alcanzado tal nivel de perfección y complejidad que no ha sido hasta los años 70, cuando el famoso matemático Roger Penrose pudo desentrañar sus secretos matemáticos y se la ha denominado “geometría cuasicristalina decagonal avanzada”. Un trabajo donde naturaleza, matemáticas y arte han explorado sus misterios. Cuando el brote anuncia su aparición, nos recuerda ese momento preciso donde el artista contiene el aliento para iniciar el primer gesto de su obra. Reiner María Rilke lo expresa en su poema: “Se siente el resplandor de una página nueva/ sobre la que aún todo puede llegar a ser”. Y en su despliegue o consumación cuando el brote o la obra han concluido podemos iniciar ese viaje de regreso al origen, y con el regreso tomar conciencia de que entre la apertura y la consumación se enhebra el ser; “Yo soy/ el horizonte recogido” nos recuerda Juan Ramón Jiménez.

Hay geometría en la vegetación. Los brotes y sus renuevos son como una variación interminable de ritmos en una partitura musical, como un juego de variaciones inagotables en un cálculo infinitesimal. En los bosques como en el lenguaje, el hombre suspendido sobre el ritmo, sumergido en las repeticiones, puede percibir la totalidad y ganar su centralidad.

Sólo nos falta para completar este esbozo mencionar a la luz. Así como los mosaicos completan su belleza con el color, los claro-oscuros de la arquitectura, las fuentes y aperturas, los bosques con la luz amplían también su belleza y atrapan los sentidos al paseante. ¿Acaso no somos sensibles al juego de luces y sombras que jalonan la espesura de los campos y bosques? Y cuando descubrimos un claro ¿no nos sentimos ante esa inundación de luz expuestos y al mismo tiempo confortados? Desde ese claro podemos ver que alrededor nuestro, el bosque se renueva constantemente en sus brotes, que el mundo se inicia a cada instante, que un rumor quieto e inmenso nos envuelve y nos invita a leer el mundo como un misterio suspendido entre el brote y el humus, entre el alfa y el omega, entre una inspiración que inicia un fraseo y una expiración que cierra el libro. Este artículo es un recordatorio de las potencias de un brote; parecía modesto y pequeño, apenas es un punto y sin embargo atesora todo el universo.